

Desollada

Después de posar su mirada de forma alternativa en mí y en la mesa que nos separaba colocó ceremoniosamente ambas manos sobre ella para mostrar los nudillos de varios de sus dedos desollados.

Tras un breve silencio, aparecieron colocados varios tubos de diferentes pomadas empleadas inútilmente. Salieron todas como en el maletín del mago de aquel pequeño bolso con sus diversos colores y formas.

-Todos han sido inútiles- me dijo con sus gestos, como retándome a encontrar algo mejor.

La primera impresión, que a menudo nos engaña, fue que se trataba de una dermatitis, un eccema de posible origen irritativo o alérgico. Un problema común.

Pero sin respuesta a las pomadas que había empleado una tras otra.

Todo parecía quedarse en las manos, pero al preguntarle por otros posibles problemas surgió la emoción que frecuentemente está detrás de lo que nuestro cuerpo explica, de lo que nuestra intención revela.

Con excesiva tranquilidad explicó la muerte de su hijo por una neoplasia. Una desgracia inevitable, un dolor asumido. Excepto por el desenlace.

La actitud de desprecio de aquel sanitario en la sala de urgencias. Su falta de humanidad que aún la quemaba.

Y más todavía la imposibilidad de despedirse de él, cuando bien se sabe que no hay nada más doloroso que perder un hijo.

Ella, se lo impidió cuando ya no era nadie para hacerlo. Aquella mujer, que unos años atrás había sido la compañera y que ya no tenía derecho a acompañarlos se acuarteló en la habitación de ese hospital lejano, hasta el último aliento de su hijo.

Sus actos, sus gestos y sus palabras estaban llenas de resentimiento y de odio.

Sus manos, mientras luchaba con lo imposible, arañando las paredes con la piel y las uñas, agarrándose a su amor y su derecho, habían sido desolladas.